

## Algunas confluencias en los caminos de Zambrano y Machado: la *poiesis* filosófica

Jéssica Sánchez Espillaque  
Universidad de Sevilla (España)  

<https://dx.doi.org/10.5209/ashf.98694>

Recibido: 24/10/2024 • Aceptado: 15/07/2025

**Resumen:** Frente a la concepción racionalista que durante siglos ha tratado de separar filosofía y poesía, el planteamiento de María Zambrano, con su razón poética, y su alborear en el pensamiento de Antonio Machado, muestran la originaria conjunción entre estas dos disciplinas, revelando, a su vez, la inexorable mutabilidad y temporalidad de nuestra existencia. Por ello, esta investigación analiza el constante tránsito de la filosofía a la poesía y a la inversa, que atraviesa el pensamiento de estos dos pensadores andaluces, para señalar los puntos en los que los caminos de ambos se entrecruzan. Un encuentro que desemboca en una revalorización de la palabra poética (en tanto que palabra creadora) como medio a través del cual conocer al hombre, y su realidad, en toda su integralidad.

**Palabras clave:** Camino; poesis; palabra originaria; tiempo; sombra.

### <sup>ENG</sup> Some confluences in the paths of Zambrano and Machado: philosophical poiesis

**Abstract:** In contrast to the rationalist conception that has sought to separate philosophy and poetry for centuries, María Zambrano's approach, with her poetic reason, and its dawn in the thought of Antonio Machado, demonstrate the original conjunction between these two disciplines, revealing, in turn, the inexorable mutability and temporality of our existence. Therefore, this research analyzes the constant transit from philosophy to poetry and vice versa, which permeates the thinking of these two Andalusian thinkers, to highlight the points at which their paths intersect. An encounter that culminates in a revaluation of the poetic word (as a creative word) as a means through which to understand man, and his reality, in all its integrity.

**Keywords:** Path; poesis; original word; time; shadow.

**Sumario:** 1. Introducción. 2. Machado en los albores de la razón poética. 3. Palabra en el tiempo. 4. Hacia una actitud escéptica y modesta. 5. Conclusiones

**Cómo citar:** Sánchez Espillaque, J. (2026). Algunas confluencias en los caminos de Zambrano y Machado: la *poiesis* filosófica. *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, 43 (1), 97-107.

### 1. Introducción: Filosofía y poesía tras la crisis racionalista

«No se encuentra el hombre entero en la filosofía, no se encuentra la totalidad de lo humano en la poesía».<sup>1</sup>

Con estas palabras de María Zambrano comenzamos este recorrido por algunas de las obras de la

filósofa malagueña y Antonio Machado en las que se hace visible la defensa de ambos autores de la hermandad entre filosofía y poesía, pues consideran que no han de estar distanciadas, ya que se necesitan para dar respuesta a la integralidad propia del ser humano. Una fraternidad que, dado que no siempre ha sido reconocida, viene a fundamentar la conveniencia de buscar una *nueva filosofía* que sea capaz de reconocer el valor de la poesía para el pensamiento especulativo. En tal sentido, Pedro Cerezo Galán –conocedor del pensamiento de ambos filósofos– da cuenta del valor de la pensadora andaluza cuando señala que Zambrano ha

<sup>1</sup> María Zambrano, «Pensamiento y poesía», en *Filosofía y poesía* (Méjico: FCE, 2005), 15.

contribuido a renovar la filosofía dominante en el siglo XX<sup>2</sup>. Ahora bien, dicha «renovación» no es sino la búsqueda incesante de un pensar originario en el que el pensamiento filosófico y el poético caminaban de la mano.

Así, partiendo de las similitudes en los planteamientos (o caminos, por expresarlos machadianamente) de estos filósofos andaluces, el objetivo de este estudio radica en mostrar aquellos cruces o intersecciones en los que el pensar filosófico y el poético (ambos encarnados en las obras de Machado y de la propia Zambrano) confluyen para dar origen a una *poiesis* filosófica que sea capaz de expresar la totalidad del ser humano: un ser que piensa y siente.

Como tendremos ocasión de analizar, para la pensadora veleña, la filosofía, como cualquier creación humana, está sujeta al tiempo, tiene ritmo. Por eso, uno de los propósitos principales de su obra consiste en analizar los modos originarios en los que el pensamiento filosófico se ha ido expresando. Y si se trata, en nuestro caso, de ahondar en la forma *originaria* en que la expresión filosófica se hizo carne, Zambrano no duda en recordar la raíz *poética* que posee todo lo que el hombre ha creado con la palabra. Así pues, la filosofía representa también un acto poético, en tanto en cuanto es el resultado de la *poiesis*<sup>3</sup>, lo cual explicaría que los caminos de la filosofía y de la poesía se entrecruzaran. No obstante, como nos advierte la autora, pronto se produjo una separación entre ambas: «Qué velocidad vertiginosa aparece en el espacio recorrido desde el venerable poema de Parménides [que ella considera un ejemplo de esta actitud originaria de la filosofía] hasta la antipoética prosa de Aristóteles»<sup>4</sup>. Situación que, aunque hubiera podido ocultarla, no habría contribuido, sin embargo, a quebrar esa *antigua* unidad entre las dos disciplinas. Es más, para la filósofa, incluso el sistema filosófico, como representación de la tradición racionalista, está mucho más cerca de la poesía de lo que se ha pensado frecuentemente<sup>5</sup>.

El problema radica en que —argumenta Zambrano— durante siglos ni los poetas ni los filósofos han buscado siquiera esa íntima comunidad que los vincula. Aunque, como veremos a lo largo de estas páginas, el caso de Machado resulta particular, ya que el sevillano no fue sólo un gran poeta, sino también un profundo filósofo. A pesar de ello, es un hecho conocido que la filosofía se ha resistido por mucho tiempo a admitir como filosófica cualesquiera

otras formas de expresión que no estuvieran acordes a la «objetividad» del sistema. Sin darse cuenta, afirma Zambrano, que ya el sistema filosófico estaba impregnado del regusto poético (hasta en tratados sistemáticos de enorme calado como la *Ética* spinoziana o las obras arquitectónicas de Hegel), pues ahí también hay —según ella— ritmo, medida y musicalidad<sup>6</sup>. Ahora bien, para poder recobrar aquella «originaria» unidad es preciso considerarlas de otro modo: «Religión, poesía, filosofía han de ser miradas ahora *nuevamente* por una mirada limpia de rencores dispuesta a recibirlas en lo que tienen de común, en lo que presentan de irreductiblemente diferente, si se halla»<sup>7</sup>. Se trata, por consiguiente, por un lado, de abandonar la soberbia<sup>8</sup> que habría caracterizado a la filosofía tradicionalmente y, por otro, de recuperar una percepción que ya se ha sentido y en la que tanto la filosofía como la poesía dan muestras de los nexos que hay entre las dos. De ahí que nuestra autora nos exalte «nuevamente» a recobrar dicha mirada originaria e integradora y de este modo reconocer lo que cada una le debe a la otra.

Como es bien sabido, Zambrano inicia su andadura filosófica inserta en la crisis de la racionalidad moderna que autores como su maestro Ortega y Gasset, Husserl o Heidegger, entre otros, ya habían denunciado. En palabras de Cerezo, ella «alumbró un nuevo modo de filosofar desde las mismas entrañas de la vida, poniendo al descubierto aquello que el racionalismo había ocultado o reprimido, las otras razones del corazón»<sup>9</sup>. Por ello uno de los rasgos que más ha atraído siempre de su filosofía ha sido su capacidad de ver —en función del reconocimiento de que la filosofía racionalista de la Modernidad había entrado en crisis— que el pensamiento filosófico español no se había limitado en los angostos márgenes de la filosofía academicista, sino que también —y a pesar de ella— se había desarrollado en el pensamiento literario a través de la poesía, la novela o el teatro. El motivo fundamental se hallaría en la «cordialidad»<sup>10</sup> de una razón —la razón poética— que deja libre al corazón para que éste contribuya también a la construcción de un pensamiento capaz de mostrar la singularidad de la realidad humana, y de acariciar, además, el alma.

¿Conjunción? ¿Síntesis? ¿Sintonía, quizás? ¿Cómo expresar la unión originaria que, según la

<sup>2</sup> Pedro Cerezo Galán, Presentación a *Filosofía y literatura en María Zambrano* (Barcelona: Fundación José Manuel Lara, 2005), 10. Esta obra recoge las conferencias que, con motivo del centenario del nacimiento de María Zambrano, se pronunciaron en Sevilla en la Fundación José Manuel Lara en 2004.

<sup>3</sup> Estamos pensando en la definición de poesía que diera Platón en *El Banquete* para resaltar esa acción creadora: «Ya sabes que la poesía tiene numerosas acepciones, y expresa en general la causa que hace que una cosa, sea la que quiera, pase del no-ser al ser, de suerte que todas las obras de todas las artes son poesía, y que todos los artistas y todos los obreros son poetas» (Platón, *El Banquete* 205c).

<sup>4</sup> María Zambrano, «Consideraciones acerca de la poesía», *La palabra y el hombre*, Xalapa (México), n° 45 (1968): 9.

<sup>5</sup> Del mismo modo, Miguel de Unamuno decía: «Un sistema filosófico, si se le quita lo que tiene de poema, no es más que un desarrollo puramente verbal» (M. de Unamuno, «Plenitud de Plenitudes y todo Plenitud!», en *Obras Completas: Miguel de Unamuno*, ed. de M. García Blanco (Barcelona: Vergara, vol. III, 1958), 764-765).

<sup>6</sup> A decir de José Villalobos: «Debemos pensar que lo que María Zambrano está rechazando no es una cierta sistematización —que ella admite—, sino un sistema cerrado o racionalista (que siempre exemplifica con Descartes o Kant). (...) no rechaza la razón, sino una razón reduccionista o no integral, como es la razón racionalista, una razón que mata la vida» (J. Villalobos, «La razón poética en Zambrano como razón radical», *Cuadernos sobre Vico*, 9-10 (1998): 274).

<sup>7</sup> Zambrano, «Consideraciones acerca de la poesía», 11. Las cursivas son nuestras.

<sup>8</sup> Para Zambrano: «Soberbia de la razón es soberbia de la filosofía, del hombre que parte en busca del conocimiento y que se cree tenerlo, porque la filosofía busca el todo y el idealista hegeliano cree que lo tiene ya desde el comienzo» («La crisis del Racionalismo moderno» en *Obras reunidas* (Madrid: Aguilar, 1971), 264).

<sup>9</sup> Pedro Cerezo Galán, Presentación a *Filosofía y literatura en María Zambrano*, 10.

<sup>10</sup> Juan Fernando Ortega Muñoz califica la filosofía zambraniana como una «filosofía entrañable, cordial». Véase su introducción a María Zambrano, *Algunos lugares de la poesía* (Madrid: Trotta, 2007), 11.

filósofa veleña, se establece entre la filosofía y la poesía? Su obra homónima es un buen ejemplo de su intento de acercar dos «hermanas» que nunca deberían haberse separado, ya que, como decíamos, en su origen, se encontraban enlazadas. De ahí la necesidad de volver de nuevo a ese pensamiento originario donde redescubrirlas imbricadas. Para lograrlo, veremos cómo tanto Zambrano como Machado, a diferencia de los filósofos racionalistas, no rehúyen del sentir, porque —al igual que reconoce Unamuno<sup>11</sup>— pensamiento y sentimiento son dos partes que componen al hombre (como afirma Machado: «la pasión no quita conocimiento y el pensar ahonda el sentir»<sup>12</sup>). Y, por eso, olvidarse de una de ellas supondría dejar a medias nuestra comprensión del ser humano.

Esas dos mitades del hombre, que forman el filósofo y el poeta<sup>13</sup>, representan una postura conciliadora que evita caer en alguno de los extremos; así, sirviéndose de las metáforas platónicas de la luz o el sol, Zambrano se referirá al mundo de la claridad que inauguraría la filosofía (racionalista), mientras que ella prefiere una razón en la sombra (como la que representa Machado), esto es, en la penumbra; o simplemente, una apuesta por aquellos inevitables claroscuros que nunca tienden a los absolutos<sup>14</sup>.

## 2. Machado en los *albores* de la razón poética

A pesar de tener un origen común, el modo de caminar —y, por ende, sus caminos— de la filosofía (el de la abstracción o, como lo llamaba el apócrifo machadiano Abel Martín, el de la homogeneización<sup>15</sup>) y de la poesía (la creación heterogeneizadora mediante la palabra) es diferente; aunque, al final, puedan desembocar en un mismo lugar: la razón poética que anunciaría Zambrano, en 1937, precisamente a propósito de una reseña que ella realiza a la obra *La guerra de Antonio Machado*<sup>16</sup>. Lo que podría parecer sólo una anécdota cobra entonces, para nosotros,

una relevancia especial, ya que una de las claves del pensamiento zambraniano —la razón poética— es atribuida al poeta sevillano. Por lo tanto, no nos parece nada casual que fuera hablando de la figura de este pensador poeta como la filósofa malagueña llegue a la enunciación de una de sus propuestas filosóficas más importantes: la simbiosis de filosofía y poesía a través de su razón poética. Siendo este uno de los motivos principales que nos ha llevado a esta investigación en torno a las posibles relaciones entre el pensamiento de ambos autores.

Zambrano descubre así que la obra del poeta Machado representaba aquello que ella andaba buscando: la unidad del pensar y del sentir en lo que denomina, como vamos a ver, un «pensamiento único». Pese a ello, lo que ambos pensadores andaluces reprochan a la filosofía racionalista, de espíritu dominador, es que se haya esforzado durante tanto tiempo en distanciarse de todo decir poético. Un decir que, por otro lado, no tiene la intención de dominar, sino que, más humilde, más modesto, aspira sólo a la donación. Para estos dos autores, el filósofo racionalista, temeroso de la nada, no quiere acercarse al no-ser (al que, por otra parte, recurre constantemente el poeta) para buscar la *claridad* de la esencia del ser. En cambio, el poeta no teme al vacío<sup>17</sup>, al abismo, puesto que, como reconoce Zambrano, al propio Machado «amenazan por igual el ser y la nada»<sup>18</sup>.

En tal sentido, María Zambrano califica a Machado como «pensador» y «poeta». Con respecto a esto último, hace referencia a la consideración que Machado tiene de lo que es ser poeta. Y para ello recuerda uno de los fragmentos más citados de la prosa machadiana, aquel de su *Cancionero apócrifo* en torno a la metafísica del discípulo de Abel Martín:

Todo poeta —dice Juan de Mairena— supone una metafísica; acaso cada poema debiera tener la suya —implícita—, claro está —nunca explícita—, y el poeta tiene el deber de expornerla, por separado, en conceptos claros. La posibilidad de hacerlo distingue al verdadero poeta del mero señorito que compone versos.<sup>19</sup>

Unas palabras que, para la filósofa, representan un «pensamiento único» cargado —unamuniana— de «sentires» y «pensares»; de estos últimos, afirma Zambrano que son «un sentir propio del pensamiento»<sup>20</sup>. Esto es, un pensamiento que requiere ser vivo, sentido y así cree que es el del poeta hispalense:

<sup>11</sup> Conocido es el comienzo de su poema «Credo poético», donde el filósofo vasco afirmara aquello de «Piensa el sentimiento, siente el pensamiento». Cfr. Miguel de Unamuno, «Credo poético», en *Obras Completas*, ed. de Manuel García Blanco (Barcelona: Vergara, 1962, Tomo XIII), 200. Así mismo, en *Del sentimiento trágico de la vida*, Unamuno sostiene que «poeta y filósofo son hermanos gemelos, si es que no la misma cosa», M. de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida* (Madrid: Espasa Calpe, 2011), 55.

<sup>12</sup> A. Machado, *Juan de Mairena. Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo*. 1936. Precedido de: *Apuntes inéditos (1933-34)* (Madrid: Alianza, 1986), 306.

<sup>13</sup> Zambrano, «Pensamiento y poesía», 15.

<sup>14</sup> Para profundizar en esta compleja relación luz/sombra en el pensamiento de la filósofa malagueña, véase el breve, pero intenso, texto en el que Jesús Moreno Sanz analiza el sentido más profundo de la metáfora de la luz, para concluir que la mirada zambraniana —lejos de la consumada por la tradición occidental— no impone su claridad como la única evidencia. Es por eso que la semántica de la luz en Zambrano se llena de penumbra. Cfr. Jesús Moreno Sanz, «La semántica de la luz» en *Claves de la razón poética. María Zambrano: un pensamiento en el orden del tiempo*, ed. de Carmen Revilla (Madrid: Trotta, 1998), 37-40.

<sup>15</sup> A. Machado, *Cancionero apócrifo*, en *Poesías completas* (Madrid: Espasa Calpe, 1997), 359-360.

<sup>16</sup> María Zambrano, «La guerra de Antonio Machado» en A. Machado, *La guerra* (Madrid: Visor, 2022), 119-130. Se trata de una recensión de diciembre de 1937 publicada en la revista *Hora de España*.

<sup>17</sup> Según Machado: «Incumbe al poeta admirarse del hecho ingente que es el pensar, ora lleno, ora vacío, el huevo universal» (Machado, *Juan de Mairena*, 206). Para Zambrano, «la realidad poética no es sólo la que hay, la que es; sino la que no es; abarca el ser y no ser» (Zambrano, *Filosofía y poesía*, 23).

<sup>18</sup> Zambrano, «Antonio Machado: un pensador (apuntes)», 138. Este artículo, que se recoge en la obra ya citada *Algunos lugares de la poesía*, fue elaborado y reelaborado por Zambrano, lo que denotaría el interés que en la filósofa malagueña despertaba el pensamiento machadiano. Así, este mismo artículo aparece en *Suplementos. Anthropos* 2 (marzo-abril de 1987, 44-50), aunque está tomado, a su vez, de un escrito de 1975 publicado en *Cuadernos para el diálogo* (Extra XLIX, noviembre de 1975).

<sup>19</sup> A. Machado, *Cancionero apócrifo*, en *Poesías completas* (Madrid: Espasa Calpe, 1997), 363.

<sup>20</sup> Zambrano, «Antonio Machado: un pensador (apuntes)», 139.

Un pensamiento, pues, dotado de vida propia, que hace del hombre donde habita, antes que un filósofo o un sabio o un poeta explícito, un pensador o meditador; un ser pensante a toda hora, hasta en sueños; y, precisamente, en sueños, es como se ve Antonio Machado, arquetipo de esta especie de seres pensantes.<sup>21</sup>

Pues bien, en esta reflexión que hace Zambrano sobre el pensador Machado, vuelve a aflorar la idea de la «sombra», que nos mostraría cómo ha de ser esa nueva filosofía (una filosofía poética); en esta ocasión se habla de este pensamiento a la sombra a propósito de unos versos de Machado de su poema «Olivo del camino» a donde el poeta se arrima para meditar («olivo hospitalario/ que das tu sombra a un hombre pensativo»<sup>22</sup>). De nuevo, la sombra aparece como posibilitadora de un pensamiento. Una vez más en palabras de Zambrano:

Y amparado por esta sombra buena (no olvidemos que Antonio Machado era de Andalucía, donde la sombra y el que sea buena es algo de mucha monta), el hombre pensativo está en sí porque está en el lugar de su pensamiento.<sup>23</sup>

Unas palabras de nuestra filósofa que, siendo muy poéticas, resuenan durante todo este escrito como un intento por mostrar el profundo calado filosófico del pensamiento machadiano, en cuya poesía consigue lo que la filosofía racionalista no ha podido garantizar: un pensamiento que sea vivible, y que exprese el continuo movimiento de todo caminar; esto es, un pensamiento que, en honda intimidad con el amor, sea capaz de manifestar la insondable unión entre el actuar y el pensar<sup>24</sup>. Y así era, según Zambrano, el pensamiento del poeta andaluz, un pensamiento único, pues está anclado en un *aquí* y un *ahora* muy concretos.

En ambos casos estamos, pues, ante dos pensadores que son filósofos y poetas, y no sólo en el sentido en el que brillantemente destacó Machado con su lírica, sino en el sentido más originario del término: poeta como *creador* con la palabra. En definitiva, vemos que esa nueva mirada que proporciona la poesía a la filosofía, que no contempla la realidad como algo inmutable y eterno, es la misma que el poeta sevillano reivindicaba en sus poemas: una forma de mirar que nos permite expresar —que no apresar— el discurrir de la vida.

Hay dos modos de conciencia:  
una es luz, y otra, paciencia.  
Una estriba en alumbrar  
un poquito el hondo mar;  
otra, en hacer penitencia  
con caña o red, y esperar  
el pez, como pescador.<sup>25</sup>

<sup>21</sup> Zambrano, «Antonio Machado: un pensador (apuntes)», 142.

<sup>22</sup> Machado, «Olivo del camino», en *Nuevas canciones*, en *Poemas completas*, 268.

<sup>23</sup> Zambrano, «Antonio Machado: un pensador (apuntes)», 144.

<sup>24</sup> «A toda merma en las funciones de la palabra corresponde un igual empobrecimiento de la acción», decía el apócrifo Juan de Mairena como muestra de su defensa del poder de la palabra. (Machado, *Juan de Mairena*, 158-159).

<sup>25</sup> Machado, *Campos de Castilla*, «Proverbios y cantares (XXXV)», en *Poemas completas*, 241.

Mediante la metáfora del pescador, Machado considera que el pensamiento filosófico-poético al que él mismo aspira no debe capturar, en una sola palabra, pescar la realidad como si de *algo* fijo se tratase, sino que ha de esperar que el pescado fluya y se nos muestre. «El poeta es un pescador, no de peces, sino de pescados vivos; entendámonos: de peces que puedan vivir después de pescados»<sup>26</sup>. ¿Cómo podemos, entonces, acceder a ellos? Según Machado, no a través de conceptos —o como los denomina su heterónimo Abel Martín, «formas captoras de lo real»<sup>27</sup>— sino mediante intuiciones, que no son inmutables, sino realidades vivas.

Por el mismo motivo, Zambrano había dicho de Machado y Unamuno que eran precursores de Heidegger<sup>28</sup>. Si bien, como venimos afirmando, el planteamiento de nuestra filósofa también deba considerarse en esa misma línea recuperadora de la palabra originaria: la palabra poética. A decir del ontólogo alemán:

No llegamos a entender quién es el hombre por medio de alguna definición docta, sino sólo por medio del hecho de que el hombre se confronta al ente, tratando de ubicarlo en su propio ser, es decir, de ponerlo en unos límites y una forma y proyectando algo nuevo (que todavía no está presente), esto es: poétizándolo originariamente, fundamentándolo poéticamente.<sup>29</sup>

Ésta es la esencia del arte, que hace que el ser salga al descubierto, pues ofrece el «claro» en el que se desvela<sup>30</sup>. Ahora bien, esa visión que los *claros del bosque*<sup>31</sup> aportan, en palabras de nuestra filósofa, «parecen prometer, más que una visión nueva, un medio de visibilidad donde la imagen sea real y el pensamiento y el sentir se identifiquen sin que sea a

<sup>26</sup> Machado, *Juan de Mairena*, 106.

<sup>27</sup> Machado, *De un cancionero apócrifo*, 339.

<sup>28</sup> Cfr. el texto de Zambrano «Antonio Machado y Unamuno, precursores de Heidegger» (en M. Zambrano, *Algunos lugares de la poesía*, 135-136) en el que aparecen algunos fragmentos que demostrarían, a juicio de la filósofa andaluza, que tanto Machado como Unamuno preceden, en parte, al existencialismo heideggeriano; siendo la angustia uno de los ejes centrales para mostrar dicha señal de precedencia de los pensadores españoles.

<sup>29</sup> Martin Heidegger, *Introducción a la metafísica* (Barcelona: Gedisa, 1987), 134.

<sup>30</sup> Cfr. M. Heidegger, «Hölderlin y la esencia de la poesía», en *Arte y poesía* (Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1995, 125-148). Véase también *De camino al habla* (Barcelona: Serbal, 1987), ya que en esta obra se recogen una serie de textos, en su mayoría conferencias, en los que el filósofo alemán analiza el decir poético de poetas como Georg Trakl, Stefan George o Novalis.

<sup>31</sup> Tanto Heidegger como Zambrano utilizan esta metáfora para referirse a ese espacio que brinda la palabra poética en el que tiene lugar el ser, manifestando de este modo una predilección por el concepto de verdad como *aletheia*, como descubrimiento o desocultación. Cfr. Juana Sánchez-Gey Vélez, «Algunos claros de María Zambrano en su relación con Heidegger», *Aurora*, n.º 12 (2011): 56-63. Véase, además, el análisis comparativo que María João Neves realiza entre Ortega, Heidegger y Zambrano para mostrar, no sólo las similitudes entre las posturas de estos tres autores, sino también ciertas diferencias en la significación que esta metáfora del *claro* ha adquirido en sus respectivos planteamientos (María João Neves, «Sobre la metáfora operante de los «claros del bosque» en Ortega y Gasset, Martin Heidegger y María Zambrano», *Aurora*, n.º 13 (2012): 40-49).

costa de que se pierdan el uno en el otro o de que se anulen»<sup>32</sup>; ofreciendo así un «método» que se haga cargo —dice— de todas las esferas de nuestra vida, con el que poder conocer la realidad<sup>33</sup>.

### 3. Palabra en el tiempo

Partiendo de la consideración de que el arte no aspira a otra cosa que «descifrar o perseguir la huella dejada por una forma perdida de existencia»<sup>34</sup> y de que el tiempo —o, mejor dicho, el paso del tiempo— es decisivo en la vida humana, Zambrano cree que, de todas las artes de la palabra<sup>35</sup>, la poesía nos permite acercarnos a ese carácter cambiante de la existencia. Para Zambrano, la poesía —como el lenguaje sagrado— es palabra creadora, acción «liberadora» que —dice la filósofa veleña— puede proporcionarnos ese espacio vital en el que confluyen otros tiempos y otras maneras de realidad, que son sentidos y recuperados nostálgicamente por el poeta: ese «hombre devorado por la nostalgia de estos espacios»<sup>36</sup>. De ahí que la poesía sea, para Zambrano, esa palabra primera, inocente, a la que debemos toda creación y que mira al pasado (a diferencia de la razón (racionalista) que siempre está ávida de todo porvenir) porque «la poesía será ya para siempre memoria, memoria, aunque invente»<sup>37</sup>.

Sin embargo, para ello es preciso, según la filósofa malagueña, que la palabra poética sepa adentrarse en todo lo que la lógica racional ha ido dejando atrás, que no es sino la imagen y la metáfora. Puesto que ésta última no hace más que romper con la lógica de la no contradicción y abrazar a los contrarios. Como vemos, ésta es otra semejanza con el planteamiento machadiano, ya que Machado también propone una nueva lógica, la lógica poética, que es, en esencia —como nos avisa el maestro Abel Martín— *tempora*<sup>38</sup>. Prosiguiendo con la visión de Zambrano, observamos que en esa búsqueda de lo otro, de lo contradictorio, ella reconoce que sólo así «siendo a la vez pensamiento, imagen, ritmo y silencio parece que puede volver la palabra a su inocencia perdida, y entonces ser pura acción, palabra creadora»<sup>39</sup>. Siendo éste es el principal motivo por el que nuestra autora se refiere en algunas partes de su obra a la unión entre palabra y silencio, haciendo de la poesía «música callada» o «soledad sonora»<sup>40</sup>.

<sup>32</sup> María Zambrano, *Claros del bosque* (Barcelona: Seix Barral, 2002), 14.

<sup>33</sup> Para profundizar en ese método, véase Chantal Maillard, *La creación poética por la metáfora. Introducción a la razón-poética*. (Barcelona: Anthropos, 1992), 155-172.

<sup>34</sup> María Zambrano, «Apuntes sobre el tiempo y la poesía», *Credo*, La Habana (Cuba), nº 1 (1993): 9-10; también publicado en *Hacia un saber sobre el alma* (Madrid: Alianza, 1993), 39. No obstante, muchas de las ideas de este breve texto se encuentran ya en el citado artículo de 1968 «Consideraciones acerca de la poesía» (cit.).

<sup>35</sup> Zambrano reivindica el poder de las artes de la palabra, por encima incluso de las artes plásticas, en ese deseo humano de conocer la realidad.

<sup>36</sup> Zambrano, «Apuntes sobre el tiempo y la poesía», 9.

<sup>37</sup> Zambrano, «Apuntes sobre el tiempo y la poesía», 10.

<sup>38</sup> Machado, *De un cancionero apócrifo*, 339. Del mismo modo, el poeta andaluz también reconoce la complementariedad y heterogeneidad del ser.

<sup>39</sup> Zambrano, «Apuntes sobre el tiempo y la poesía», 10.

<sup>40</sup> Zambrano, «Apuntes sobre el tiempo y la poesía», 10.

Pues bien, este sentido que tiene Zambrano de la poesía como reveladora de nuestro pasado conectaría con la reivindicación que hace Machado de lo que denomina «pasado apócrifo», esto es, un pasado que no ha muerto del todo porque vive en la memoria de alguien y puede servirle a éste para comprender su presente. Un pasado, pues, que, al estar vivo, posee una plasticidad que le hace adquirir las formas más variadas<sup>41</sup>. Ahora bien, como se puede leer en *La guerra*, Machado —refiriéndose a su alter ego Juan de Mairena y a las enseñanzas de éste— reconoce que una mirada demasiado anquilosada en el pasado nos impediría ver y comprender la esencia de España. En palabras del poeta sevillano:

Cuando penséis [habla Juan de Mairena a sus alumnos] en España, no olvidéis ni su historia ni su tradición; pero no creáis que la esencia española os la puede revelar el pasado. (...) Un pueblo es siempre una empresa futura, un arco tendido hacia el mañana.<sup>42</sup>

Para Machado, la verdadera historia no es tanto la que puedan escribir los historiadores cuanto la que llevan dentro de sí los hombres. La razón se encuentra en que esa historia *petrificada* en el papel puede convertirse en un arma contra los hombres. Por eso, quiere advertir del «prestigio desmesurado de lo pretérito» que puede hacernos pensar que cualquier pasado fue mejor. Ante esta posición «solidificadora» del fluir del tiempo —esto es, de lo único que nos configura— nuestro poeta nos anima, como veremos, a asumir una perspectiva escéptica.

Desde este punto de vista, y volviendo al planteamiento anterior, la palabra es entendida como una revelación para el hombre. De ahí que Zambrano quiera desvincularla de toda consideración del lenguaje como algo puramente biológico. Con este fin, podríamos decir que la filósofa andaluza le otorga una preeminencia a la palabra (originaria, poética) en tanto que ésta «no se deja usar sin más, ser vaciada de su ser y de su sentido»<sup>43</sup>. De igual modo que Machado advierte que la palabra transmitida por los grandes poetas no se limita a «la expresión de cuantas naderías cambiamos en pláticas superfluas, mientras pensamos en otra cosa, sino que dicen también esa otra cosa, que suele ser lo más interesante»<sup>44</sup>. Por lo tanto, cuando ambos se refieren aquí a la palabra no están pensando en ella como una mera herramienta de comunicación, como cualquier modo de lenguaje (aunque Zambrano se lamente de que así esté sucediendo). Por el contrario, la palabra pretende siempre *trascender*. Por eso, es, al mismo tiempo, una palabra que —a pesar de que en fugaces instantes se nos pueda aparecer— se esconde y es fecunda, una semilla que emerge y germina desde la oscuridad: es revelación. Una palabra que Zambrano denomina

<sup>41</sup> Como recomienda Juan de Mairena a sus alumnos, frente a ese «snobismo» que sólo aprecia lo novedoso: «os aconsejo una incursión en vuestro pasado vivo, que por sí mismo se modifica, y que vosotros debéis, con plena conciencia, corregir, aumentar, depurar, someter a nueva estructura, hasta convertirlo en una verdadera creación vuestra. A este pasado llamo yo *apócrifo*» (Machado, *Juan de Mairena*, 190).

<sup>42</sup> Machado, *La guerra*, 37-39.

<sup>43</sup> María Zambrano, «El lenguaje y la palabra», *Diario 16*, Madrid, nº 27 (13 de octubre de 1985), VII.

<sup>44</sup> Machado, *Juan de Mairena*, 158.

na «palabra perdida» y que, en su opinión, sólo algunos poetas y filósofos, como Nietzsche, o el propio Machado, han logrado encontrar<sup>45</sup>. En otros momentos, la describe como «palabra escondida» que no se deja ver, pero que abre «los ojos del entendimiento para que vea o vislumbre algo»<sup>46</sup>. Una palabra, pues, que se esconde cuando el sol radiante de la Razón comienza a brillar. De ahí que sólo se insinúe en la aurora y por ese motivo se le eche de menos (porque al amanecer se va). En última instancia, es la palabra originaria que se despliega «antes de que se extienda esa raya no siempre luminosa que anuncia la escritura»<sup>47</sup>. Siendo así que los que han sido flechados —dice Zambrano— por esa palabra original, como sucede con Machado, han quedado heridos, pero son, sin embargo, los que pueden crear.

No podemos avanzar sin detenernos en el título de este apartado: «palabra en el tiempo», ya que es una de las varias definiciones que Machado aporta en sus obras sobre la poesía. Ciertamente, uno de los problemas fundamentales que más interés, y al mismo tiempo desasosiego, había suscitado en el poeta sevillano es el tiempo. De él dice en *Juan de Mairena* que es «la realidad última, rebelde alconjuro de la lógica, irreductible, inevitable, fatal»<sup>48</sup>. Aunque podría analizarse esta cuestión con mucha más profundidad, quedémonos al menos con estas palabras de Machado, en las que, por un lado, se refiere a la inevitabilidad del paso del tiempo y la angustia que esta fatalidad nos produce y, por otro, en cuanto a la rebeldía del tiempo respecto a la lógica, se percibe el reclamo a la poesía para intentar captar el tiempo. Ya que la poesía, a diferencia de la lógica racionalista, se mueve entre contradicciones<sup>49</sup>.

En pocas palabras, las diferencias entre el pensamiento lógico y el poético residen, para Machado, así como también para la filósofa malagueña, en que la lógica: 1) persigue razones inmutables y 2)

<sup>45</sup> Véase María Zambrano «La aurora de la palabra (tres fragmentos)», *Poesía. Revista ilustrada de información poética*, Madrid, nº 4 (1979): 64-68. Esos tres fragmentos que componen este texto se titulan muy significativamente: «La palabra perdida», «La palabra inicial» y «El germen». Por su parte, Machado cree que hay hombres capaces de ir de la filosofía a la poesía y a la inversa. Cfr. Machado, *Juan de Mairena*, 166.

<sup>46</sup> Zambrano, *Claros del bosque*, 99. De un modo similar Octavio Paz también expresa esa originariedad de la palabra poética, en tanto que se muestra como esa apertura en la que surgen el hombre y su mundo: «La poesía/ siembra los ojos en la página,/ siembra palabras en los ojos./ Los ojos hablan,/ las palabras miran,/ las miradas piensan», Octavio Paz, «Decir: hacer», en *Árbol adentro* (Barcelona: Seix Barral, 1987), 12-13.

<sup>47</sup> Zambrano, «La aurora de la palabra (tres fragmentos)», 65. La cursiva es nuestra para subrayar que se trata de una palabra que necesita que todos los deseos estén acallados. Sólo así se podrá sentir su palpitar (p. 66), es decir, al finalizar la noche. Esa raya es la que acontece al amanecer. En este sentido, afirma la filósofa en «Por qué se escribe»: «Hay en el escribir un retener las palabras, como en el hablar hay un soltarlas, un desprenderse de ellas», citamos por *Hacia un saber sobre el alma*, 32. De un modo similar decía Mairena a sus alumnos que escribir «es ya la infracción de una norma natural y un pecado contra la naturaleza de nuestro espíritu. Pero si dais en escritores, sed meros taquígrafos de un pensamiento hablado», Machado, *Juan de Mairena*, 299.

<sup>48</sup> Machado, *Juan de Mairena*, 96.

<sup>49</sup> Para un análisis más profundo de esta perspectiva machadiana, véase el trabajo de Pedro Cerezo Galán *Palabra en el tiempo. Poesía y filosofía en Antonio Machado* (Madrid: Gredos, 1975).

detiene el tiempo para buscar la esencia de las cosas o, como refiere Machado, es una «actividad destemporalizadora»<sup>50</sup> que vendría a echar el ancla en el río heraclíteo. Por su parte la poesía reconoce que la vida sólo acontece en el tiempo y por eso —arguye el pensador poeta hispalense— es «la palabra esencial en el tiempo»<sup>51</sup>. Ahora bien, como ya anunciamos, el modo en que la poesía se expresa no va a intentar apresar la realidad de una vez por todas y para siempre. De ahí que, aunque Machado reconozca que la poesía también tiene «ideas», cree que las ideas del poeta no encapsulan, no son «categorías formales, cápsulas lógicas, sino directas intuiciones del ser que deviene»<sup>52</sup>. Y como las ideas que maneja la poesía acontecen en el propio existir, no pueden ser más que temporales.

Tal es la conciencia que tiene el poeta —como creador con la palabra— de la imperiosidad del tiempo que considera la vida —entendida, muy en sintonía con Zambrano, desde un punto de vista dramático<sup>53</sup>— como la inaplazable espera a que las cosas vayan sucediendo. Por esta razón cree que supone una ilusión pensar que el poeta pueda elevarse por encima del tiempo, llegando a definir la poesía (o más bien describir, puesto que toda definición la acotaría) como «diálogo del hombre con el tiempo»<sup>54</sup>.

#### 4. Hacia una actitud escéptica y modesta

Esta forma de entender la filosofía vinculada a la poesía entraña una reflexión más profunda en torno al modo de filosofar que ambos autores estimulan con sus obras: una manera de hacer filosofía que, como decíamos, no es nada soberbia, sino todo lo contrario, pues con una actitud escéptica aspira a descubrir una verdad que no es eterna e inmutable —como sí que buscaba la filosofía racionalista— sino cambiante con el fluir del tiempo. En tal sentido, Machado ya en unos *Apuntes inéditos* de 1933

<sup>50</sup> Véanse las reveladoras palabras de Machado de 1931 en su breve *Poética* (en Machado, *Poesías completas*, 81-82) para descubrir su interesante concepción de la poesía. Aunque no es el único lugar en el que expone su consideración acerca de la poética. También lo hace en una carta a J. Ortega y Gasset (fechada el 17 de julio de 1912) en la que Machado establece cómo ha de ser la poética de su tiempo. Cfr. A. Machado, *Epistolario* (Barcelona: Octaedro, 2009), 85-88.

<sup>51</sup> Machado, *Poética*, 81.

<sup>52</sup> Machado, *Poética*, 82.

<sup>53</sup> Cfr. el estudio ya mencionado de la filósofa en el que examina las consecuencias del triunfo racionalista y en donde concluye que, para salir de dicha crisis, es necesario recobrar una nueva filosofía en la que la «irracionalidad profunda de la vida que es su temporalidad y su individualidad, el que la vida se dé en personas singulares, inconfundibles e incanjeables, es el punto de partida dramático de la actual filosofía, que ha renunciado así, humildemente, a su imperialismo racionalista» (María Zambrano, «La crisis del Racionalismo moderno», 263). Las cursivas son nuestras. Zambrano lo toma, a su vez, de su maestro Ortega para quien el hombre «no es cosa ninguna, sino un drama» (J. Ortega y Gasset, *Historia como sistema*. Madrid: Alianza, 2003), 37). Se deduce, pues, de esta consideración antropológica que el ser humano no es algo cerrado y definitivo (hecho de una vez por todas), sino que existe. Similar es la teoría machadiana que se traslucen de su famoso «caminante, no hay camino/ se hace camino al andar» (Machado, *Campos de Castilla*, CXXXVI «Proverbios y cantares», XXIX, en *Poesías completas*, 239). Del mismo modo, el poeta andaluz —retomando la metafísica de su Abel Martín— reconoce que el alma humana no es una mónada «sin puertas ni ventanas» (Machado, *Juan de Mairena*, 68).

<sup>54</sup> Machado, *Juan de Mairena*, 96.

presenta la pedagogía de Juan de Mairena como representación de dicho escepticismo.

Lo que entendiera el que fuera profesor de retórica por «escepticismo» nos sirve de base para entender gran parte de la filosofía machadiana: el escéptico –representado, según Machado, por Don Miguel de Unamuno– es aquel que no se cansa de preguntar (sin preocuparse en exceso por las respuestas) y vive sin miedo a las contradicciones<sup>55</sup>. Por esta razón, la modestia (que atribuye a grandes filósofos como a Sócrates o Platón) va a ser tan importante para el poeta hispalense. Prueba de la modestia platónica –sostiene Machado– se hallaría en que muchos de sus pensamientos no los afirma *directamente* Platón, sino que los profiere por boca de su maestro Sócrates; de la misma forma en la que, como se puede observar, Machado recurre a todos sus apócrifos<sup>56</sup>.

No cabe duda de que Antonio Machado, ya en estos momentos, confiesa que hay una honda relación entre poesía y filosofía, al asegurar que el «escepticismo de los poetas puede servir de estímulo a los filósofos. Los poetas, en cambio, pueden aprender de los filósofos el arte de las grandes metáforas»<sup>57</sup> y pone como ejemplos (entre otros): el río de Heráclito, la caverna de Platón o la paloma de Kant. Lo más interesante de todo este enfoque es la enseñanza de Mairena a sus discípulos, a quienes preparaba para «estudiar la estructura poética de los grandes sistemas metafísicos»<sup>58</sup>; de cuyas palabras podemos deducir ese vínculo fraternal entre filosofía y poesía, pues llega a señalar que «la poesía es el revés de la filosofía»<sup>59</sup>. En suma, la poesía es la encargada de expresar ese correr del tiempo mediante palabras.

Consecuentemente, la mirada irónica del profesor Juan de Mairena continuamente insta a sus alumnos a meditar sobre las cuestiones que en clase se están discutiendo, dando buena cuenta del carácter crítico de la filosofía machadiana. Así, el que fuera discípulo de Abel Martín somete a los discípulos a una «gimnasia intelectual», que no persigue la erudición –ni mucho menos la pedantería<sup>60</sup>– sino un ejercicio reflexivo, meditativo (como recordaba Zambrano) que haga de ellos unos buenos pensadores. Por eso, persiguiendo provocar en sus discípulos la admiración y la curiosidad que los anime a pensar, Mairena les aconseja que se aparten de toda soberbia, y alega categóricamente: «El paleto perfecto es el que nunca se asombra de nada; ni aun de su propia estupidez»<sup>61</sup>.

Como veíamos en sus *Apuntes inéditos*, Machado (o, mejor dicho, su heterónimo Juan de Mairena) nos exhorta siempre a la práctica de la modestia. Y qué mayor modestia que la socrática, que comienza

por reconocer la propia ignorancia (una «ignorancia admirativa» como la denomina Machado<sup>62</sup>). De un modo similar nos parece que habla Zambrano de la razón cuando considera que aquel que de verdad cree en ella «comienza por pensar que no la tiene»<sup>63</sup>, puesto que la razón no es, para Zambrano, algo que uno posea, sino que más bien se ha de entrar en ella. Y, como recomienda Mairena, no hay mejor manera de conocerse a uno mismo (con sus virtudes y defectos) que manteniendo los pies en el suelo. Por lo tanto, del mismo modo en que Zambrano demanda una filosofía que sea vivible, Machado proclama: «Huid de escenarios, púlpitos, plataformas y pedestales. Nunca perdáis contacto con el suelo; porque sólo así tendréis una idea aproximada de vuestra estatura»<sup>64</sup>.

Una recomendación que, como puede observarse, va en consonancia con el magisterio que profesa Mairena, a saber, una enseñanza basada en un diálogo que no tenga que situar obligatoriamente al maestro más «arriba» que los alumnos (cual clase magistral), sino que reivindica la conversación entre todos. Por esa razón, casi al final de la obra, culmina Mairena afirmando a sus alumnos: «Vosotros sabéis que yo no pretendo enseñaros nada, y que sólo me aplico a sacudir la inercia de vuestras almas, a arar el barbecho empedernido de vuestro pensamiento, a sembrar inquietudes»<sup>65</sup>, dando muestras una vez más del concepto de sabiduría clásica que aquí Machado estaría defendiendo, en donde el maestro no es más que un guía<sup>66</sup> para los alumnos.

Un ejemplo de modestia que el mismo Juan de Mairena refleja al reconocer que no siempre está seguro de lo que dice; signo del método nada impositivo de la propia filosofía de Machado, quien –con palabras de su apócrifo– confiesa que él es «un alma siempre en borrador, llena de tachones, de vacilaciones y de arrepentimientos»<sup>67</sup>. Dudas que, en definitiva, nos hacen pensar que Machado no concibe la filosofía como la *búsqueda* de una Verdad con mayúsculas. Sabiendo, además, que «el camino vale más que la posada; que puestos a elegir entre la verdad y el placer de buscarla elegiríamos lo segundo...»<sup>68</sup>, sentencia el poeta sevillano. Siendo, probablemente, esta circunstancia (además de su muy evidente *vocación poética*) la que le conduzca,

<sup>62</sup> Machado, *Juan de Mairena*, 266-267.

<sup>63</sup> María Zambrano, «El lugar de la razón», *Semana*, San Juan de Puerto Rico, 13 (13 de noviembre de 1963): 6. (Aunque es un texto que la filósofa firma en Roma el 8 de septiembre de 1963). De igual forma, decía Mairena: «yo no me creo en posesión de ninguna verdad que pueda revelarlos», Machado, *Juan de Mairena*, 279.

<sup>64</sup> Machado, *Juan de Mairena*, 91.

<sup>65</sup> Machado, *Juan de Mairena*, 253.

<sup>66</sup> Un concepto muy similar al que utiliza Zambrano en «La “Guía”, forma del pensamiento», en *Hacia un saber sobre el alma*, 59-81. Para nuestra filósofa, el maestro es un «mediador» y por eso cree que la vocación del maestro es «la vocación entre todas la más indispensable, la más próxima a la del autor de una vida, pues que la conduce a su realización plena», M. Zambrano, «La vocación del maestro. La mediación» en *Filosofía y educación. Manuscritos* (Alicante: ECU, 2013), 105.

<sup>67</sup> Machado, *Juan de Mairena*, 92. No hay que olvidar a este respecto que gran parte del pensamiento machadiano está expresado, con un estilo aforístico, en cuadernos de apuntes. Véase, por ejemplo, *Los complementarios* o, sin ir más lejos, su *Juan de Mairena*.

<sup>68</sup> Machado, *Juan de Mairena*, 283.

<sup>55</sup> Machado, *Apuntes inéditos*, en *Juan de Mairena*, 47. Nótese, sin embargo, que, como se verá, en el planteamiento zambraniano la poesía parte, más bien, de una respuesta.

<sup>56</sup> «Mas busca en tu espejo al otro,/ al otro que va contigo», «Busca a tu complementario,/ que marcha siempre contigo,/ y suele ser tu contrario», Machado, «Proverbios y cantares», en *Poesías completas*, 289 y 291.

<sup>57</sup> Machado, *Apuntes inéditos*, 57 y *Juan de Mairena*, 163.

<sup>58</sup> Machado, *Apuntes inéditos*, 57. Las cursivas son nuestras.

<sup>59</sup> Machado, *Apuntes inéditos*, 60.

<sup>60</sup> Sobre el término «pedante» y su etimología reflexiona Machado en el capítulo XXXIX de su *Juan de Mairena*.

<sup>61</sup> Machado, *Juan de Mairena*, 90.

como estamos viendo, a combinar filosofía y poesía. Pero, sobre todo, parece que esta forma de entender la enseñanza —y, por ende, la sabiduría— recoge la esencia de lo que, para Machado, debe aportar el maestro: provocar en los estudiantes la duda, esto es, la desconfianza necesaria (de ahí la importancia del escepticismo) que los inspire a intentar comprender la realidad.

Ahora bien, aunque muchas de estas ideas aparecen en las lecciones de Retórica de Mairena, están justificadas en tanto en cuanto Machado, como buen orador, sabe que «para decir bien hay que pensar bien»<sup>69</sup>, es decir, que no basta con perfeccionar el arte de hablar bien si no hay nada detrás de esas palabras. Por ello, Machado evita toda retórica que no sea más que «pura costra»<sup>70</sup> que oculte la vaciedad del pensamiento. Por el contrario, aprecia la lengua con la que normalmente nos expresamos: «una lengua madura, repleta de *folklore*<sup>71</sup>, de saber popular, y que ése fue el barro santo de donde sacó Cervantes<sup>72</sup> la creación literaria más original de todos los tiempos»<sup>73</sup>. El poeta de Sevilla ensalza, pues, el valor y la riqueza creadora de la lengua española, que está inundada de ese saber popular al que Machado no quiere renunciar; una sabiduría del pueblo que —lejos de ser la letra muerta que el pueblo carga en su alma sin la menor conciencia— se transforma en «cultura viva»<sup>74</sup> que puede enseñarnos a hacer las cosas con la pasión que todo artista pone en sus obras.

Volviendo a esa comunión entre las palabras y las ideas, o como dice Machado, a ese «encuentro» que en muchas ocasiones es fruto del azar, lo importante radica en que cada escritor sea consciente de la necesaria conexión entre ambas para que la obra esté completa. Una impresión muy parecida a la zambraniana, ya que no podemos olvidar que ella considera que la poesía *encuentra* y la filosofía *busca*<sup>75</sup>. Con esta idea retornamos a una de las cuestiones fundamentales de nuestra reflexión y que

<sup>69</sup> Machado, *Juan de Mairena*, 108.

<sup>70</sup> Machado, *Juan de Mairena*, 111.

<sup>71</sup> No olvidemos que su padre, Antonio Machado y Álvarez, fue un ilustre estudioso del folklore español y del cante popular. Véanse, entre otras obras, *El folklore andaluz* (Sevilla: Editoriales Andaluzas Unidas, 1986) o su *Colección de cantes flamencos* (Sevilla: Extramuros, 2007).

<sup>72</sup> Sobre la relación de la obra cervantina con el folklore español reflexiona Machado en diversas partes de su *Juan de Mairena*. Cfr. 164-165, 169 y 213-214.

<sup>73</sup> Machado, *Juan de Mairena*, 111.

<sup>74</sup> Para esta nueva consideración de la filosofía, nos parecen de enorme valor las apreciaciones que Machado hace del folklore en las que, verbigracia, afirma: «El pueblo sabe más, y sobre todo, mejor que nosotros. El hombre que sabe hacer algo de un modo perfecto —un zapato, un sombrero, una guitarra, un ladrillo— no es nunca un trabajador inconsciente, que ajusta su labor a viejas fórmulas y recetas, sino un artista que pone toda su alma en cada momento de su trabajo» (Machado, *Juan de Mairena*, 116).

<sup>75</sup> De ahí que Zambrano vaya a decir en *El hombre y lo divino* que, mientras que la filosofía comienza siempre por una pregunta, la poesía lo hace por «una respuesta a una pregunta no formulada» (María Zambrano, *El hombre y lo divino* (Madrid: FCE, 1993), 66). A su vez, en *Claros del bosque* establece Zambrano una analogía entre los claros del bosque y las aulas, pues a esos claros «no se va, como en verdad tampoco va a las aulas el buen estudiante, a preguntar» (Zambrano, *Claros del bosque*, 17). Lo que también nos recuerda a esa actitud de espera que reclama Machado al poeta como pescador.

no es otra que la conveniencia de asumir una mirada integradora capaz de comprender todo lo que significa el ser humano. Ahora bien, el fundamento último de esta cuestión se halla, para Machado, en que el pensador poeta no puede quedarse encerrado en sí mismo, sino que ha de lanzarse al mundo para descubrirlo. Esta idea, cree el poeta andaluz, «encierra toda una metafísica que es, a su vez, una poética nueva»<sup>76</sup>. Saliendo así a nuestro encuentro una de las reflexiones más interesantes de la filosofía machadiana: la esencial heterogeneidad del ser<sup>77</sup>. Y, aunque su abordaje desborde por completo los límites de la presente investigación<sup>78</sup>, quisieramos recordar que el análisis que lleva a cabo Machado en sus obras (tanto en la prosa como en su poesía) en torno a *lo otro*, nos ayudaría en estos momentos a entender que el pensamiento poético, a diferencia del lógico o matemático (que es, en esencia, homogeneizador), trata de ser heterogeneizador, esto es, si quiere ser *creador*, el filósofo poeta debe entrar en contacto con lo otro que no es él mismo, con el mundo (en donde están también los otros yos). Una importante tarea que, como venimos observando, no se puede hacer a espaldas del tiempo; pero no del tiempo como transcurso lineal sino como horizonte que alberga el ser del hombre<sup>79</sup>.

Con todo, la vieja lógica —como la llama Machado para referirse a la que durante siglos ha usado el pensamiento humano— no nos sería útil para comprender el mundo que nos rodea. Por eso, el maestro Mairena trata de mostrar a sus alumnos esa nueva lógica a la que, en su opinión, ya apuntaba su maestro Abel Martín. Una lógica que, como venimos apuntando en nuestro discurso, requiere, según Machado, del ejercicio de una disciplina tan importante como es la Retórica. Nuevamente nuestro poeta pone el acento en la importancia de hablar bien, pero reconociendo, al mismo tiempo, que no es posible hablar bien sin pensar bien. Por este motivo, el poeta andaluz considera que retórica (arte de hablar bien) y lógica («estudio de las normas y hábitos de pensar»<sup>80</sup>) han de ir de la mano para que nuestro pensamiento no degenera en una burda soñística, es decir, en un hablar por hablar que no haga más que enmascarar la falta de ideas detrás de nuestras palabras.

Por ello es tan necesario encontrar una lógica distinta de la racionalista, que no parta —asegura Machado— del principio de identidad, pues, como decía Heráclito, nada permanece idéntico a sí

<sup>76</sup> Machado, *Juan de Mairena*, 127.

<sup>77</sup> Éste es, precisamente, el título de una de las obras que Machado atribuye a Abel Martín. Otra obra martiniana que también contribuiría a esa reivindicación de la alteridad en lo que al conocimiento del hombre se refiere es *De lo uno a lo otro*.

<sup>78</sup> Cfr. Jéssica Sánchez Espillaque, «La alteridad en la construcción del sujeto: Los apócrifos machadianos», *Thémata. Revista de Filosofía*, nº 70 julio-diciembre (2024): 285-308.

<sup>79</sup> María Zambrano, «El nacimiento de la poesía», en *El maquinista de la generación*, Málaga, nº 1-2 (2000): 104-105. Se trata de un documento, inédito hasta esta publicación, que se encontraba en el Archivo de la Fundación María Zambrano (signatura M-214) y que formaba parte de una carpeta titulada «Historia y poesía» que contiene apuntes, esquemas y borradores de la filósofa veleña sobre esta cuestión. Estamos ante una transcripción de dichos documentos, por lo que presenta la redacción original —y presumiblemente provisional— de este tipo de textos.

<sup>80</sup> Machado, *Juan de Mairena*, 179.

mismo. La lógica del poeta huye así de todo pensamiento homogeneizador, ya que «pretende ser la de un pensar poético, *heterogeneizante, inventor* o *descubridor de lo real*»<sup>81</sup>. Para Machado, esta nueva lógica hace, como vemos, uso del razonamiento heraclíteo, a saber, una argumentación discursiva en la que se toma muy en serio el trascurrir del tiempo. De ahí que en dicha lógica «las conclusiones no parecen congruentes con sus premisas porque no son ya sus hijas, sino, por decirlo así, sus nietas»<sup>82</sup>. O lo que es lo mismo, el paso del tiempo ha hecho que en parte «caduque» el valor de la premisa, que ha quedado transmutado por él. Y por eso es tan importante la labor *creativa* del poeta, que ayudaría a sacar a la luz aquello que con el pasar del tiempo ya no está tan claro. Razón por la cual, y teniendo en cuenta ese fluir temporal que es nuestra vida, parece inevitable, tal y como expresan estos dos autores, que la poesía deba partir siempre del olvido y de su reverso, el recuerdo.

## 5. Conclusiones

De todo lo dicho anteriormente, podemos concluir la necesidad actual de un *nuevo modo de filosofar, poéticamente*, que —como la filósofa veleña nos demuestra— se hallaría ya en el pensamiento de Antonio Machado, el cual, sirviéndose del poder creador de la palabra, nos descubre una comprensión más íntegra del ser humano.

Así pues, frente a la pretendida universalidad del pensamiento racionalista, en este estudio hemos observado, a través de los planteamientos de Machado y Zambrano, la apuesta por la pertinencia de una revalorización del lenguaje poético. Por esta razón, a diferencia de la filosofía academicista que trata de renunciar al lenguaje del pueblo en busca de una terminología propia «objetiva», la filosofía que subyace en estos dos autores es consciente de que el lenguaje común, esto es, aquel que está vinculado a un tiempo y un lugar determinados, puede expresar de manera apropiada la completa realidad humana.

Como se ha recordado, la filosofía racionalista pretendería escapar de todo subjetivismo y relativismo sacrificando todos aquellos elementos individuales que «enturbien» la especulación científica. De modo que son expulsados de la reflexión filosófica los sentimientos, así como los discursos que son capaces de acercarse a ellos: los discursos metafóricos y, por ende, poéticos. Es, pues, la reivindicación de lo concreto frente a la razón en abstracto lo que la razón poética —encarnada en la obra de Machado— puede aportarnos para intentar alcanzar una comprensión integral de nuestra realidad. Concretamente, una que no olvide aquella otra mitad del ser humano: las sensaciones, las pasiones, el corazón; de donde brotan también (y no sólo de la razón) las preguntas que más preocupan al hombre.

Entre los elementos comunes que comparten Machado y Zambrano —además del evidente hecho de que ambos son andaluces y abandonan pronto su tierra, coincidiendo incluso en las mismas ciudades (Madrid y Segovia)— podemos mencionar entre los más importantes: que estudian Filosofía y Letras

en la Universidad Central de Madrid, en donde conocerían a grandes filósofos del momento como García Morente, Ortega y Gasset o Zubiri; que mantuvieran un activismo político de raíz socialista y republicana, ensalzando y defendiendo los valores de la República (por los que se vieron obligados a emigrar<sup>83</sup>); que Zambrano participara en la creación de la revista *Hoja literaria* (en 1932, que luego pasó a llamarse *Hora de España*), en la que Machado publicaría algunos de sus textos hasta su muerte o que ambos formaran parte del ambiente que rodeaba aquellos años la *Revista de Occidente*<sup>84</sup>. Estas confluencias, unidas a los textos en los que tanto uno como la otra hacen referencia al pensamiento del otro, nos permiten atisbar la idea de que la filósofa veleña vio en la obra de Machado la *aurora* de su razón poética.

Desde este punto de vista, y teniendo en cuenta la consideración zambraniana de que historia y poesía están relacionadas de modo que la poesía narra la historia de un pueblo<sup>85</sup>, Machado representaría, para Zambrano, el modelo de pensador poeta modesto que pone su pensamiento al servicio de España, pues el decir poético machadiano revelaría la realidad del pueblo español. En última instancia, Machado refleja la esencia del poeta meditador que, más allá de la musicalidad de sus rimas, persigue crear un pensamiento que sea capaz de dar sentido a nuestra vida. De ahí que, para Zambrano, él sea un poeta comprometido con su pueblo.

Como hemos podido comprobar, nuestro objetivo no ha estado únicamente en realizar un análisis exhaustivo de los textos en los que uno y otro autor se mencionan<sup>86</sup>, sino, más profundamente, en las conexiones que tanto Zambrano como Machado ponen de manifiesto a lo largo de su obra, las cuales nos sirven para concluir que había una honda interrelación entre sus propuestas, que, al mismo tiempo, conllevan un vínculo entre filosofía y poesía. Sin necesidad, repetimos, de tener que mostrar todas las ocasiones en las que ellos dialogaron directamente<sup>87</sup>, ya que más interesante resulta todavía el diálo-

<sup>83</sup> En la cronología que hace Jesús Moreno Sanz en *Los intelectuales en el drama de España* (Madrid: Trotta, 1998), 53, se relata un hecho que, de ser cierto, reflejaría la profunda amistad de estos dos pensadores —aunque no podemos asegurar que realmente sucediera así: cuenta Moreno Sanz que, camino del exilio a Francia, Zambrano se encontró con Machado y su madre caminando y dado que él no había aceptado su invitación a subir al vehículo, ella bajó del coche y cruzó la frontera caminando con Machado. Este suceso también lo menciona J. F. Ortega Muñoz en el prólogo a *Palabras de caminante. Bibliografía de y sobre María Zambrano* (Málaga: Centro “María Zambrano” de la UNED, 2000), 29-30.

<sup>84</sup> Contrártense algunos de estos datos en el análisis que realiza Martín Ruiz Calvente, «Antonio Machado en María Zambrano», *El Búho. Revista electrónica de la Asociación Andaluza de Filosofía*, nº 5 (2008): 23-50.

<sup>85</sup> Zambrano, «La crisis del Racionalismo moderno», 255.

<sup>86</sup> Baste señalar el modo en el que Zambrano se refiere al poeta andaluz en *Pensamiento y poesía en la vida española* (Madrid: Biblioteca Nueva, 2014), 204: «nuestro, nuestro más que nadie, Antonio Machado».

<sup>87</sup> Antonio Machado y María Zambrano se conocieron, habida cuenta de la amistad entre Antonio Machado y Blas Zambrano. Prueba de ello, es la remembranza que Zambrano tiene del último número de la revista *Hora de España*, en el que iba a publicarse el *Mairena póstumo* de Machado y en donde el poeta sevillano dedicaba unas palabras por la muerte de Blas Zambrano. Cfr. Zambrano, «Pérdida y aparición del último escrito de “Juan de Mairena” por Antonio Machado»,

<sup>81</sup> Machado, *Juan de Mairena*, 178.

<sup>82</sup> Machado, *Juan de Mairena*, 243-244.

go entre el pensar filosófico y el pensar poético que ellos mismos reflejan. En este sentido, nos parecen reveladoras las palabras de Zambrano en «Antonio Machado: Un pensador (Apuntes)»:

(...) la filiación de un pensador o de un pensar no depende, como se sabe y se olvida, del conocimiento de los textos que, por otra parte, pueden haber sido conocidos un día y hundirse en el fondo creador de la memoria.<sup>88</sup>

Por este motivo, nos parece que ambos habían comprendido las consecuencias para la vida que se derivan de la reducción racionalista. Razón por la que Zambrano criticaría a la tradición racionalista que, comenzando con Platón, había desterrado a la poesía y la había condenado a vivir fuera, en los arrabales<sup>89</sup>, de todo conocimiento científico por no ser considerada una forma de conocimiento. Una razón en la sombra, que, como se ha visto, está cansada del brillo de la racionalidad abstracta, por lo que sólo el pensador poeta (entre ellos, Machado) es capaz de adentrarse en lo más profundo de esa oscuridad de nuestra alma. Lo cual no significa que se esté privilegiando sólo a la poesía (y, por tanto, invirtiendo el planteamiento racionalista), sino que supone un rechazo de toda filosofía academicista, esto es, de todo filósofo que únicamente pretende captar y expresar la realidad mediante abstracciones que detienen el devenir de los fenómenos y que, por consiguiente, matan la vida.

Ahora bien, ¿estas coincidencias entre ambos autores nos podrían llevar a pensar que Zambrano pudiera estar pensando en Machado cuando reivindica esa convivencia entre filosofía y poesía? Podría ser, pero de lo que no parece haber dudas es de que la filósofa andaluza apuesta por un saber poético que, lejos de operar como la razón racionalista tratando de abstraer la esencia de las cosas, se pega al sentimiento, a la imaginación y al recuerdo para desprender de ahí un profundo sentido de la vida, que no desprecia la multiplicidad y heterogeneidad de nuestra realidad (pero que tampoco se queda en el mero placer estético). El poeta —y Machado es un buen ejemplo de ello— no renuncia a las cosas, sino que se detiene en ellas para vivirlas.

Por esta misma razón el poeta es siempre un caminante, que aspira, a través del camino, a comprender la realidad; aunque este sendero no está iluminado, sino en la penumbra. Por eso, la razón poética —a diferencia de la racionalista— no es tan brillante (e incluso, podríamos decir, cegadora), sino que el poeta, caminando entre las sombras, logra albolear un pensamiento único y abismal. De este modo, las «palabras de caminante»<sup>90</sup> de ambos filósofos re-

Índice, nº 248 (1969): 8. Tal es la relación entre ambos, que María Zambrano llegó a decir del poeta que lo sentía como un padre. Véase Zambrano, «Palabras paternales» en *Las palabras del regreso* (Salamanca: Amarú Ediciones, 1995), 183-184, en donde la malagueña se refiere a la voz paternal de Machado «aunque tal vez al sentirla así contribuya, para quien esto escribe, el haber visto su sombra [la de Machado] confundida con la paterna en años lejanos de adolescencia, allá en una antigua y dorada ciudad castellana. La sombra paterna... y la sombra de amigos caídos en la lucha común», 184.

<sup>88</sup> Zambrano, «Antonio Machado: un pensador (apuntes)», 149.

<sup>89</sup> Zambrano, «Pensamiento y poesía», 16.

<sup>90</sup> Nos servimos de la expresión de Juan Fernando Ortega Muñoz en la obra ya mencionada *Palabras de caminante. Bibliografía de y sobre María Zambrano*.

presentarían la aurora de esa nueva mañana en la que la filosofía y la poesía han sabido reencontrarse.

A través de los altibajos de la histórica marea y atravesando desiertos y fronteras, la vocación, diría filosófico-poética andaluza no sólo se ha mantenido, sino que ha dado señales de vida.<sup>91</sup>

## Referencias

- Cerezo Galán, Pedro ed. *Filosofía y literatura en María Zambrano*. Barcelona: Fundación José Manuel Lara, 2005.
- . *Palabra en el tiempo. Poesía y filosofía en Antonio Machado*. Madrid: Gredos, 1975.
- Heidegger, Martin. «Hölderlin y la esencia de la poesía». En *Arte y poesía*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1995, 125-148.
- . *Introducción a la metafísica*. Barcelona: Gedisa, 1987.
- . *De camino al habla*. Barcelona: Serbal, 1987.
- Machado, Antonio. *Epistolario*. Barcelona: Ediciones Octaedro, 2009.
- . *Poesías completas*. Madrid: Espasa Calpe, 1997.
- . *Juan de Mairena. Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo*. 1936. Precedido de: *Apuntes inéditos (1933-34)*. Madrid: Alianza, 1986.
- Maillard, Chantal. *La creación poética por la metáfora. Introducción a la razón-poética*. Barcelona: Anthropos, 1992.
- Moreno Sanz, Jesús. «La semántica de la luz». En *Claves de la razón poética. María Zambrano: un pensamiento en el orden del tiempo*, editado por Carmen Revilla, Madrid: Trotta, 1998, 37-40.
- Neves, Maria João. «Sobre la metáfora operante de los “claros del bosque” en Ortega y Gasset, Martin Heidegger y María Zambrano», *Aurora*, nº 13 (2012): 40-49.
- Ortega y Gasset, José. *Historia como sistema*. Madrid: Alianza, 2003.
- Paz, Octavio. *Árbol adentro*. Barcelona: Seix Barral, 1987.
- Platón. *Diálogos. Críton, Fedón, El banquete, Parménides*. Madrid: Edaf, 1998.
- Ruiz Calvente, Martín. «Antonio Machado en María Zambrano», *El Búho. Revista electrónica de la Asociación Andaluza de Filosofía*, nº 5 (2008): 23-50.
- Sánchez Espillaque, Jéssica. «La alteridad en la construcción del sujeto: Los apócrifos machadianos», *Thémata. Revista de Filosofía*, nº 70 julio-diciembre (2024): 285-308.
- Unamuno, Miguel de. *Del sentimiento trágico de la vida*. Madrid: Espasa, 2011.
- . «Plenitud de Plenitudes y todo Plenitud!». En *Obras Completas*, edición de Manuel García Blanco. Barcelona: Vergara, Tomo III, 1958, 753-770.

<sup>91</sup> Éstas son unas palabras de María Zambrano al presidente de la Fundación María Zambrano en una carta fechada en Ginebra el 7 de febrero de 1981 y reproducida por J. F. Ortega Muñoz en el prólogo a *Palabras de caminante. Bibliografía de y sobre María Zambrano*, 17.

- «Credo poético». En *Obras Completas*, edición de Manuel García Blanco. Barcelona: Vergara, Tomo XIII, 1958, 200-201.
- Villalobos, José. «La razón poética en Zambrano como razón radical», *Cuadernos sobre Vico*, 9-10 (1998): 271-279.
- Zambrano, María. «La guerra de Antonio Machado». En A. Machado, *La guerra*. Madrid: Visor, 2022, 119-130.
- *Pensamiento y poesía en la vida española*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2014.
- «La vocación del maestro. La mediación». En *Filosofía y educación. Manuscritos*, Alicante: ECU, 2013, 101-105.
- *Algunos lugares de la poesía*. Edición de J. F. Ortega Muñoz. Madrid: Trotta, 2007.
- *Filosofía y poesía*. México: FCE, 2005.
- *Claros del bosque*. Barcelona: Seix Barral, 2002.
- *Palabras de caminante. Bibliografía de y sobre María Zambrano*. Málaga: Centro “María Zambrano” UNED, 2000.
- «El nacimiento de la poesía», *El maquinista de la generación*, nº 1-2 (2000): 104-105.
- *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil*. Madrid: Trotta, 1998.
- *Las palabras del regreso*. Edición de Mercedes Gómez Blesa. Salamanca: Amarú Ediciones, 1995.
- *El hombre y lo divino*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- *Hacia un saber sobre el alma*. Madrid: Alianza, 1993.
- «Apuntes sobre el tiempo y la poesía», *Credo*, La Habana (Cuba), nº 1 (1993): 9-10.
- «El lenguaje y la palabra», *Diario 16*, Madrid, 13 de octubre de 1985, nº 27 (1985): VII.
- «La aurora de la palabra (tres fragmentos)», *Poesía. Revista ilustrada de información poética*, Madrid, nº 4 (1979): 64-68.
- «La crisis del Racionalismo europeo». En *Obras reunidas*. Madrid: Aguilar, 1971, 255-298.
- «Pérdida y aparición del último escrito de “Juan de Mairena” por Antonio Machado», *Índice*, Madrid, nº 248 (1969): 8.
- «Consideraciones acerca de la poesía», *La palabra y el hombre*, Xalapa (México), nº 45 (1968): 7-15.
- «El lugar de la razón», *Semana*, San Juan de Puerto Rico, 13 (1963): 6.